

La Gobernanza de la Unión Europea. Un reto que exige respuesta urgente

Federico Yaniz Velasco

General de Aviación (R) y Periodista

La Comisión Europea publicó el 27 de julio de 2001 un Libro Blanco sobre “LA GOBERNANZA EUROPEA” que se “refiere a la manera en que la Unión utiliza los poderes que le otorgan sus ciudadanos”. Según el Libro Blanco, en el año 2001 existía una gran preocupación por el hecho de que los europeos esperaban que los políticos encontrasen soluciones a los graves problemas que acuciaban a la sociedad y al mismo tiempo, esos ciudadanos tenían cada vez menos confianza en las Instituciones y en los políticos, o simplemente los ignoraban. Tanto los parlamentos como los gobiernos nacionales eran conscientes del problema que sin embargo era especialmente preocupante en todo lo relativo a la Unión Europea. En aquel año los ciudadanos percibían a las Instituciones de la Unión como algo remoto y al mismo tiempo demasiado intervencionista. Las causas inmediatas de la preparación del citado Libro Blanco fue el “no” irlandés en el referéndum celebrado sobre el Tratado de Niza de 1999. Desde entonces ha habido otros referendos en la Unión con resultados a veces negativos pero aquél tuvo un gran impacto sobre la opinión pública y provocó las primeras serias dudas sobre el funcionamiento de las Instituciones de la UE.

Han pasado diez años desde la publicación del Libro Blanco y durante ese tiempo no se han frenado los problemas detectados entonces sino que por el contrario han crecido. El artículo 2 del Título I del Tratado de Lisboa señala que el respeto de la dignidad humana, la libertad, la democracia, la igualdad, el Estado de Derecho y el respeto de los derechos humanos, incluidos los de las minorías, son los valores en que se fundamenta la Unión Europea. Pese a que esos valores son una base firme para construir el edificio de la Unión, la grave situación económica actual ha aumentado la falta de confianza de muchos europeos hacia las Instituciones. En términos generales, se puede decir que el Parlamento Europeo, el Consejo Europeo, el Consejo, la Comisión, el Tribunal de Justicia de la Unión Europea así como el Banco Central y el Tribunal de Cuentas no han logrado todavía ser considerados como instituciones propias por los ciudadanos europeos. Las dubitativas y a veces contradictorias medidas tomadas para tratar de paliar la compleja crisis económica que afecta especialmente a algunos países de la Unión, no han resuelto los problemas.

Las sucesivas reuniones, comunicados y decisiones de los pasados meses han culminado con el bochornoso espectáculo que se ha dado en Cannes donde, aprovechando una reunión del G-20 y un urgente encuentro de los líderes de la UE, se trató de conseguir que Grecia aceptase las condiciones impuestas por la Unión para ayudar al país heleno. La amenaza de convocar un referéndum hecha por el Primer Ministro griego tuvo una contundente respuesta de la UE que fue articulada por el presidente Sarkozy, anfitrión de la reunión. La advertencia parece haber conseguido que puntualmente se haya reconducido la situación. Sin embargo, el espectáculo ha sido deprimente y denota un fallo orgánico de las Instituciones de la Unión. Todo el proceso para intentar salir de

HI Horizontes Internacionales

la crisis ha aumentado la percepción de que los políticos, técnicos y burócratas en Bruselas, Frankfurt y Luxemburgo no son capaces de resolver con eficacia los problemas existentes y están alejados de la realidad diaria que viven los ciudadanos europeos. El conocimiento de los salarios, dietas y otros privilegios de esos funcionarios y políticos no dan la imagen de la austeridad necesaria en tiempos de crisis y penuria para muchos. Por otra parte, el despilfarro que supone mantener para el Parlamento Europeo dos enormes sedes en Estrasburgo y en Bruselas y un centro administrativo en Luxemburgo parece impropio de una Institución que debería ser ejemplo de eficacia y buena administración de los fondos de todos los europeos.

Los 17 países de la eurozona constituyen el núcleo duro de la Unión Europea. Tener una moneda común obliga a una disciplina que se esperaba fuese impuesta por cada uno de los estados. Esa disciplina se ha quebrado y la Unión parece carecer de órganos competentes para imponerla. A principios de junio de 2011, el entonces presidente del Banco Central Europeo Jean-Paul Trichet lanzó una propuesta-sonda: "Con un mercado único, con una moneda única y un banco central único, ¿sería demasiado atrevido imaginar un ministro de Finanzas de la Unión?". Lo cierto es que, además de tomar medidas a corto plazo para resolver la situación de Grecia y de otros países, es preciso crear los órganos adecuados para tomar las decisiones que se necesiten para responder a los retos de una economía globalizada. En cualquier caso, es difícil entender que entre los numerosos órganos existentes en las Instituciones no haya ninguno que haya ya podido asumir esas responsabilidades de forma rápida y efectiva. La economía ha sido durante muchos años el motor de la Unión Europea, considerada un gigante económico y un enano político. Sin embargo, la gravedad de la situación actual es tal que algunos han barajado la hipótesis de la desaparición del euro lo que supondría un terrible golpe para la Unión. Está claro que son necesarios duros ajustes y sacrificios que, ante la aparente ineficacia del Consejo y de la Comisión, han sido promovidos por Francia y Alemania. Estos dos países parecen haber asumido "de facto" la dirección de la económica de la Unión, lo que está contribuyendo a dañar aún más la imagen de las Instituciones europeas.

La realidad es que los problemas actuales de la UE trascienden lo puramente económico y son también de carácter político y estructural. El Tratado de Lisboa debía haber servido para un relanzamiento de la UE pero lo cierto es que no se han producido los avances que podían esperarse. La posible causa de la parálisis en la aplicación del Tratado y en la inoperancia de las Instituciones es que además de los problemas económicos, existen interrogantes muy serios sobre hacia dónde va la Unión. Francia, el Reino Unido y en menor medida otros países, mantienen una intensa actividad diplomática propia. Francia lidera la "Francofonía" y el Reino Unido es la cabeza de la "Commonwealth". Esos dos países no parece que vayan a reducir en el futuro su proyección global y renunciar a una política exterior propia.

Mientras tanto, la UE está implantando el Servicio Europeo de Acción Exterior (SEAE) aunque siga prácticamente paralizada la implementación de la Política

HI Horizontes Internacionales

Exterior y de Seguridad Común (PESC) y su componente la Política Común de Seguridad y Defensa (PCSD). Esta paralización contrasta con los avances del SEAE que ya tiene su correspondiente presupuesto. La articulación de la realidad y aspiraciones de los estados europeos -especialmente los más poderosos- y el proyecto de futuro de la Unión necesita una clarificación urgente. Sin una definición clara de ese proyecto de futuro y sin un funcionamiento eficiente de las Instituciones comunitarias, será imposible una adecuada Gobernanza Europea. Por otra parte, debería buscarse una implicación de los parlamentos nacionales en el Parlamento europeo, evitándose una duplicación de elecciones y un alejamiento de esa Institución de las realidades nacionales. Los temas de Defensa están íntimamente ligados a la soberanía de los estados y por ello el avance en la PCSD, pilar fundamente de la PESC, está también estrechamente relacionado con el futuro de la Unión.

La reacción de la UE ante la “primavera árabe” y en particular ante la crisis de Libia fue tardía y vergonzante dejando al descubierto la fragilidad actual de la PESC. Fue la OTAN la que, tras los bombardeos iniciales de Francia e Inglaterra, lanzó la operación “Unified Protector” en el marco de las resoluciones del Consejo de Seguridad de la ONU 1970 y 1973. Efecto colateral de las revueltas y los conflictos en la zona, fue una avalancha de inmigrantes ilegales en Lampedusa y otros lugares. Como consecuencia de la situación creada, algunos estados pidieron una modificación del acuerdo de Schengen que fue aprobada el mes de junio pasado. A todo ello hay que añadir los graves disturbios y saqueos ocurridos en Londres y otras ciudades británicas el pasado mes de agosto. Una situación que denota la existencia en el Reino Unido y en otros países de la Unión, de minorías en algunos casos no integradas adecuadamente. Mientras tanto, sigue pendiente una política migratoria común que compagine los beneficios de la libre circulación de personas con el adecuado control de los flujos migratorios.

Está muy próxima la entrada de Islandia y Croacia en la UE que es de esperar no causará mayores problemas. Sin embargo, dadas las distintas posiciones existentes sobre el ingreso de Turquía será difícil tomar una decisión que no dañe la cohesión interna de la Unión. Asumiendo que se superará la crisis económica, los países europeos continuarán manteniendo su propia personalidad y seguirán constituyendo la Europa de siempre.

Por su parte las Instituciones de la UE deberán aprovechar las lecciones de esta crisis para cambiar lo que sea preciso para ser eficaces. “La decadencia y la caída de Europa” era el titular que aparecía en la portada de la revista “Time” del 22 de agosto de 2011. Sin embargo, lo que más preocupa a los europeos no son las pesimistas apreciaciones exteriores sino el hecho de que las Instituciones de la Unión no hayan sido capaces de dar las respuestas adecuadas a los problemas surgidos. Y esa situación hay que corregirla con rapidez y firmeza.

HI Horizontes Internacionales

Son muchos los retos a que se enfrenta la UE. En los párrafos anteriores se han presentado algunos de ellos. Para lograr la Gobernanza Europea que ya se buscaba hace diez años hay que acercar las Instituciones a los ciudadanos europeos. Pero además parece necesaria una racionalización y aligeramiento de esas Instituciones y la fijación de objetivos realistas que tengan en cuenta la verdadera situación de Europa y las aspiraciones de sus pueblos. En caso contrario, se pueden producir situaciones catastróficas que podrían desembocar en la desaparición de la Unión. La madurez de los pueblos de Europa y su pragmatismo harán posible mantener la personalidad y soberanía de los estados europeos y establecer con firmeza el papel de la Unión Europea en un mundo globalizado.